

# BALCON



## SUMARIO

BALCON: EUFORIA PREMATURA. — JOSE MARIA DE ESTRADA: LA DEMOCRACIA TUMULTUARIA. — CLEMENTE ESPEJO: COMENTARIOS. — MARIO GARCIA ACEVEDO: PERFILES DE LA MUSICA ARGENTINA. — CESAR FALCIOLA: ROMANTICISMO Y CLASE DIRIGENTE. — ESENCIALISTA: FILOSOFIA DE UN LITERATO. — SANSOYO: DIARIO DE UN BUZO. — LOS TRATADOS SECRETOS DEL PRESIDENTE ROOSEVELT. — DECIA KEYSERLING: — ANFORA Y GLORIFICACION. — GUILLERMO BUITRAGO: DIBUJOS.

## EUFORIA PREMATURA

El mundo se ha enterado con repugnancia del ajusticiamiento en la horca de los fautores del nazismo y de la sacrilega cremación de sus cadáveres. Pero, por encima de lo que este macabro hecho puede significar en el derecho de los pueblos, no hay duda que frente a él, el hombre contemporáneo tiene la sensación de asistir a uno de esos acontecimientos que cierran toda una época histórica, y no sólo la de los menguados y agitados años de los inquietos nacionalismos sino también la del siglo posterior a la Revolución Francesa. El liberalismo se certifica con un resonante triunfo sobre la más grandiosa de las intenciones anti-liberales.

Pero grave miopía denotaría no ver este hecho sólo en su solo aspecto político. Con la Revolución francesa ese pueblo singular, que es el judío, entró por vez primera oficialmente en la sociedad cristiana, dirigió su rumbo durante todo el siglo XIX, y a punto de ser excluido de su seno por sus más formidables enemigos, pudo darse el lujo de celebrar regocijando un "nuevo purim". Estas palabras evocadas por Streicher, el famoso perseguidor antisemita, en el momento solemne de sufrir el suplicio de la horca por delito de "lesa humanidad" cobran significativa fuerza que miden la importancia de este hecho histórico y lo sitúan en la proyección metapolítica y teológica que encierran.

Desde ahora las horcas de Nuremberg se levantarán por encima de los siglos y quedarán asociadas en las celebraciones anuales con que los judíos, desde el 168 antes de Jesucristo, festejan la liberación y triunfo de su pueblo sobre las maquinaciones del perseguidor Amán.

Pero aquí queremos destacar que con las horcas de Nuremberg pareciera ponerse término a la ciclopes — y fracasada — empresa humana de vencer con sólo medios naturales a los enemigos milenarios del pueblo cristiano. Y quizás se ponga término también a la más grandiosa empresa jamás intentada con tanto aparato de fuerza, desde los días de Napoleón, de cerrar el paso a la Revolución que avanza triunfante sobre los pueblos cristianos.

Pero nos parece que sería aventurada la conclusión de que se ponga término a todo intento — incluso el sobrenatural — de vencer a tan funesto enemigo. Por esto resulta prematura la alegría de los regocijantes triunfadores. Ciertamente ya llevan devorada a media Europa y que la otra mitad con el resto del mundo se halla en la órbita de su influencia. Pero aunque exterminados, los pueblos cristianos no parecen vencidos.

Un despertar religioso y nacional los sacude con fuerza que hace siglos no se percibía. La Europa oriental da muestras heroicas de Fe católica, entre las que el caso del arzobispo Stepanic, es una entre mil. Los de Europa occidental, presa de lamentable confusión, expresan de significativa manera su confusión en la Iglesia al preferir al comunismo los partidos de rótulo cristiano. En la más americana de las potencias, España, como nación y en su totalidad proclama su voluntad de conformar su vida pública a los dictados de la Santa Iglesia.

Los nacionalismos, que han sublimado el valor "nación" sobre todos los otros valores, han fracasado. Pero no han fracasado los que por encima del valor nación han reconocido el hecho sobrenatural de la existencia de la Iglesia y de la Iglesia histórica encarnada en la familia de pueblos que constituyen la civilización cristiana. Belloc en su magistral estudio sobre Richelieu demuestra históricamente cuán funesta sea toda política de engrandecimiento nacional a costa de la subsistencia de la Cristiandad y, años antes, Jammi había demostrado cómo en la cristiandad medieval los alemanes no debieron sacrificar ninguna de sus auténticas cualidades nacionales.

Pero si el nacionalismo sin la Iglesia se convierte en un factor de perturbación de la familia cristiana de pueblos, la práctica de la vida cristiana sin los valores de una fuerte nacionalidad, en caso de ser posible, se diluye en un individualismo sentimental. Las naciones han de desarrollar su personalidad propia dentro de la vocación que les cabe en la civilización cristiana.

El nacionalismo, integrado en la comunidad de las naciones cristianas a la paridad de la Iglesia, es todavía garantía de salvas para los afligidos pueblos.



# LA DEMOCRACIA

La democracia de nuestros tiempos es una democracia tumultuaria. Hubo en el pasado muchas formas de democracia, así desde las democracias griegas, fundadas en una concepción racional del mundo y traducidas en una interpretación de la vida como un juego de azar —cuyas partes, los hombres, debían subalternarse orgánicamente al todo de la ciudad— hasta la democracia del siglo decimonónico, de raigambre sentimental y romántica, fundada en cierta mística exaltación de la naturaleza, las hordas poseían multitud de variedades de ese sistema político que se caracteriza por la preponderancia del demos en la dirección de la cosa pública.

La democracia tumultuaria consiste en la imposición absoluta de las masas. Ya Ortega y Gasset señaló en su importantísimo libro *La Rebelión de las Masas* cuáles eran las características y la manera de proceder de tales masas. Evidentemente no se trata aquí del gobierno del pueblo o simplemente del predominio en una sociedad de los usos y costumbres populares; es algo mucho más hondo, donde el término masa adquiere una significación muy precisa.

Dentro de la masa, la personalidad de los individuos que la componen se reduce al mínimo; se pierde la distancia de individuo a individuo y se constituye un todo amorfo. Este todo sin embargo no es pasivamente pasivo, ya que está integrado por seres humanos, sino que es activo y enérgico; se mueve y obra; clara está que actúa de

acuerdo a lo que es, vale decir, tumultuosamente.

La masa obra dirigida por unas pocas ideas, simples y esquemáticas pero con un enorme arraigo; son ideas mías, a las cuales ella adhiera irracionalmente, sin la menor discriminación.

Para que las agrupaciones humanas merezcan el nombre de masas, debe predominar en los individuos que la componen las características del hombre masa. Ahora bien, el hombre masa es aquel cuya nota principal consiste en una imponente abulia mental; es aquel que parece tener el deliberado propósito de no usar jamás la facultad de la reflexión; su inteligencia se ha reducido a una función fisiológica, y así como respira el aire que le circunda, así también con la misma naturalidad se asimila las opiniones que flotan en el ambiente sin el más mínimo análisis. Aquello que constituye la opinión general, las ideas al uso, y que en el mundo moderno se propalan a los cuatro vientos mediante instrumentos eficaces de difusión —prensa, radio, cine, manifiestos, discursos, etcétera—, eso pues, viene a constituir en forma inmediata la opinión del hombre masa.

No haremos aquí el análisis de cómo se gestan las opiniones que absorben a las masas y les impulsan a obrar en una dirección determinada; no, sólo constatamos el hecho de que esas opiniones exis-

ten y que rigen con éxito el valión de las masas.

Es interesante observar que las opiniones a que nos referimos —opiniones que flotan en el ambiente y que se imponen típicamente a las masas— se refieren siempre a cuestiones que por su misma índole son susceptibles de ser examinadas y repensadas por cualquier persona; son materias opinables; de ahí pues el absurdo de su poderoso dominio, la aberración que supone su fácil imposición. Porque es verdad que hay multitud de ideas, creencias, usos, costumbres, tradiciones, etc., con que se encuentra el hombre al nacer; hay verdades rigentes, revelados usas, conquistas otras, que se imponen por su mismo valimiento al hombre desde que éste ve la luz del mundo; pero todo esto es algo bien distinto; aquí se trata de realidades que generalmente no están en el poder del hombre modificar, ya sea por la alta dignidad de las mismas, su poder de convicción o su intrínseca veracidad, ya por su profunda justificación y arraigo, ya en fin porque son de por sí valiosas y constituyen el mundo sin el cual la vida humana sería imposible. Mas aún en este caso el hombre no se comporta como un mero ente pasivo, sino que asimila y hasta reelabora lo que encuentra en su camino. Nadie puede cambiar un idioma vivo, ni trastocar completamente determinados

usos, pero puede reelaborar y enriquecer su lenguaje, e incluso en la modificación de las costumbres. Pues bien, las opiniones a que nos arriba nos referimos, y que constituyen en determinadas cosas el *deus ex machina* de las masas, nada tienen que ver con esas respetables realidades. Al contrario, esas opiniones generales, o especies de mitos, que se imponen a las masas, tienen la particularidad de llevarse por delante cualquier tradición, costumbre o creencia; de ahí lo arbitrario, irracional y tiránico que resulta el proceder de las masas cuando actúan en su calidad de tales.

Como bien dice Ortega, hombres masas hay en todos los estratos sociales, así por ejemplo existe el intelectual masa, el periodista masa, el aristócrata masa, el proletario masa, etc. Basta ser un siervo de las opiniones al uso, por más absurdas y demoleadoras que éstas sean, para caer en la categoría de hombre masa. En la medida pues que alguien sobreponga sin la menor reflexión a sus más profundas convicciones, a sus creencias, tradiciones, costumbres, etc., alguna de esas opiniones generales difundidas en el ambiente, sostenidas por la propaganda, ofrecidas como una imposición y carentes de toda consistencia razonable, en esa medida pues se transformará en hombre masa.

Estas opiniones adquieren en-

## LOS TRATADOS SECRETOS

James M. Gillis figura a la cabeza de los más entusiastas analistas y críticos del nuevo movimiento. Director de *The Catholic World*, la primera revista católica de los Estados Unidos, publica en el número de junio un riguroso artículo en que condena el legado político internacional de Roosevelt que, a cambio de una momentánea tregua, ha entregado conscientemente la mitad de Europa a la horda rusa y ha condenado a muerte sin remisión y sin hacer distinción entre culpables e inocentes, a todo el pueblo alemán. La posición, según ha sido tomada de *"Kronika"* de Santiago de Chile. (N. de la R.).

Las valientes palabras que Tennyson escribió a propósito del Duque de Wellington, "nada de lo que salga a luz podrá avergonzarlo", difícilmente pueden ser aplicadas a Franklin D. Roosevelt. Después de su muerte son tales las revelaciones que se han hecho, que cualquiera que haya sido la reputación que tuvo como jugador honrado y adversario leal, ésta no puede menos que verse ahora gravemente comprometida. El pueblo se sentía halagado al creer que el Presidente era franco con él. Se sentía halagado al verlo recurrir al pueblo por encima de los capitalistas, de los industriales, y aun por encima de los políticos de su propia partida. Fue el inventor de la "conversación en confianza" y logró en ella una práctica incomparable. Entre los que acostumbraban a hablar por radio, son pocos los que aparecen naturales y desvergonzados, y de éstos solamente algunos han llegado a dominar el arte que se necesita para lograr un ambiente de intimidad. El Presi-

dente Roosevelt fue el primero entre estos elegidos. Los que le escuchaban pueden decir: "Parece que estaba en esta misma pieza con nosotros", y que les invitaba diciéndoles: "Acérquense, amigos míos, los voy a contar todo". De esta manera adquirió la reputación de ser completamente sincero. Nadie, sino tal vez alguno que se preocupara de analizar con cautela la voz y la manera del orador, podía haberse dado cuenta que el Presidente estaba ocultando algo, y menos todavía, que estaba imponiendo una carga sobre el pueblo.

Pero ahora que se ha ido, se están acumulando testimonios que prueban que algunas de sus decisiones y acciones políticas más fatales fueron ocultadas no solamente al pueblo sino también a su Secretario de Estado, al Vicepresidente y al Congreso. Ya se han revelado muchos hechos, y podemos esperar que cualquier día aparezca en los diarios la noticia sobre algún otro acuerdo, compromiso, o

promesa, o sobre algún pacto con toda la fuerza de un tratado, que el difunto Presidente hiciera con Stalin y Churchill sin admitirlos en su secreto. Esta es una decepción capaz de desconcertar al más resuelto de sus adoradores, y en cuanto a los que sospecharon en una falta de sinceridad en sus palabras, ahora van a verse tentados a decir: "Yo lo había dicho". Los enemigos del Presidente podrían replicar que maliciosamente con estos hechos si no fuera que pueden traer trágicas consecuencias, y nada menos que guerras dentro de los países y entre las naciones.

Para los que entre nosotros han atacado a Stalin tachándolo de tirano brutal y embaucador sin conciencia, estos tratados secretos de Mr. Roosevelt son particularmente bochornosos. Dan al astuto georgiano una buena oportunidad para exclamar: "¿Tu quoque?"

Después de la Primera Guerra Mundial nos indignamos, porque Clemenceau, Lloyd George y otros artífices de la antigua diplomacia se burlaron con palabras y hechos del primero y mejor de los catorce puntos de Wilson. Rehusamos formar parte de la Liga de las Naciones alegando que sus miembros no estaban jugando limpio. Causa amarga comprobar que el hombre que nos representó durante la Segunda Guerra Mundial, y que apareció delante de los pueblos oprimidos como un salvador mayor

aún que Woodrow Wilson, estaba vendiendo a su país y negociando la entrega de esos pueblos.

Cuando los primeros secretos empezaron a revelarse, alguien sugirió que el Presidente Truman hiciera un discurso refutando los rumores según los cuales el difunto Presidente habría llegado a entendimientos secretos en Casablanca, Teherán y Moscú, "puesto que ello no estaría conforme con el carácter del autor de la Carta del Atlántico y de la Cuatro Libertades". Además (éstas deberían haber sido las palabras de Mr. Truman) "no hay ninguna constancia escrita de estas transacciones dudosas, ni se ha encontrado memorandum alguno entre los papeles del Presidente. El Senado tampoco posee una información oficial sobre estos convenios secretos". Por lo tanto, habría rechazado como falsificaciones los papeles que se presentaron como pruebas y como falsas y difamatorias la acusación al Presidente Roosevelt.

Pero, después de todo, ¿fue mejor que Mr. Truman no hiciera el discurso. Uno por uno han ido saliendo a luz los secretos, y son tan sólidas las pruebas de su autenticidad que no podrían ser desestimados ni aun después de por una solenne declaración presidencial. Arthur Sears Henning, en *"Truth"*, de Chicago, ha enumerado diez convenios secretos. Nótase que el No. 2 es atribuido al propio Mr.



# TUMULTUARIA

tiene la categoría de masas, vale decir, de multitud y principio de toda acción. Cuando son tales opiniones las que gobiernan, es decir, cuando se funda y se juzga todo de acuerdo a los matices de las masas, es cuando las masas gobiernan, es la hora de la democracia tumultuaria.

La democracia tumultuaria significa pues el dominio de los matices, de las pueras ideas, del hombre masa. Tal democracia es intrínsecamente opresora, absorbente, intolerante, totalitaria. Significa el predominio de la opinión sobre la razón, de la cantidad sobre la cualidad. A veces las masas movidas por sus mitos actúan violentamente; en algunos casos es una minoría la que obra así, pero si lo hace en nombre de las opiniones cristalizadas de las masas, entonces éstas aprueban, acatan y hasta aplauden, aunque se trate de llevar por delante esos otros principios más profundos que a pesar de todo se anidan en las almas de los hombres.

El peligro que significa la democracia tumultuaria, irracional y bichara, acecha hoy por todas partes. El clima humano del presente está predispuerto para eso; nadie se encuentra indemne de tal amenaza; hoy el hombre es fácil presa de las más tiránicas opiniones, ya que con sólo oprimir el botón de la propaganda puede hacerse correr

cualquier falsedad como un reguero por toda el universo; siempre habrá en tal caso una masa que reciba el embudo y le sirva de caja de resonancia.

En estas últimas semanas nos hemos visto en la presencia de dos casos típicos de la acción de las masas. En uno de ellos —el caso belga— las masas dan procedido por su cuenta y riesgo, con pasión y violencia. Allí se puso totalmente de manifiesto el *pathos* de la democracia tumultuaria. En nombre de una interpretación mística de la libertad, la masa irrumpió ruidosamente, halló todas las normas de convivencia social, hizo de acusador, de juez y de verdugo; atropello las leyes, la justicia, las costumbres, la piedad, asaltó, destruyó y asesinó brutalmente; se solazó luego ante los cuerpos exánimes de las víctimas y profanó los cadáveres. El otro caso a que nos referimos es el de los juicios de Nuremberg, aquí el asunto es bastante diferente, aunque más íntimo, dado los ingredientes de hipocresía que en él intervinieron. En efecto, después de un aparente juicio, donde los vencedores de una guerra se constituyeron también en acusadores, fiscales, jueces, tribunal de apelación, etc., de los vencidos, son estos condenados a afrentosa muerte por motivos relacionados con la guerra misma. Es decir, sin el más mínimo respeto por el derecho de gentes, ni

por las normas caducadas de la guerra, se ejerce la venganza sobre los vencidos, para lo cual se realiza la ficción de un juicio —ya que se trata de un juicio sin equidad— donde la actuación con argumentos de las opiniones comunes y de la propaganda, para despertar delirios que, de ser tales, también a ella podrían imputarse. En ambos casos pues, ya obran las masas por sí mismas, ya prestan a minorías vengativas sus opiniones y sus mitos, el hecho es que todo ello impide la presencia en el poder de la psicología de masas.

Alguien podría argumentar, con respecto al caso de Bélgica, que no han faltado en otros períodos de la historia, cuando aún no se había hecho sentir tan profundamente eso que llamamos masa, episodios semejantes a los mencionados, sublevaciones de las turbas y atropellos de toda laya. Sin duda, han ocurrido hechos de tal naturaleza, pero hay una diferencia esencial, y en la que estriba precisamente el carácter inusitado de la actitud de las masas. La diferencia consiste en que cuando el fenómeno del predominio de las opiniones y los mitos de las masas no era algo universal, las violencias cometidas por las turbas, aunque éstas invocaran principio de justicia, no eran aprobadas ni aceptadas como cosa normal y justa. Así, cuando las guillotinas de la Revolución oscilaban a Francia, mil voces de protesta

— ¡levántame por toda Europa, en todas las naciones se creyó que el asesinato regado y los innumerables asesinatos de aquella época. Pero hoy frente al caso belga no ha faltado, dando los hechos, han sido perfectamente conocidos, la misma condena, muy por el contrario, pues como en nombre de la opinión pública se condenaron los belgas, la opinión pública los aprueba y aún los aplaude. Aquí mismo, en nuestro país, los llamados órganos de la opinión —es decir los diarios— no expresaron —salvo pocas excepciones— la menor disconformidad con lo sucedido; más aún, no faltaron tóxicas fotografías en son de táctica solidaria, y hasta hubo un legislador que propuso el envío de un mensaje de congratulación al pueblo belga.

En fin, los ejemplos desgraciadamente abundan. El caso es señalar el remedio, el cual no es otro que la liberación, la auténtica y ponderable libertad, la emancipación más inmediata y necesaria, es decir la renuncia a la tiranía de la opinión y del lugar común, el repudio de los mitos y las falsedades hechas carne en la multitud, o mejor aún, convirtiéndose en áspera costra, ya que impida la libre manifestación de la personalidad humana, el benéfico uso de la facultad de la reflexión. Sólo mediante la sumisión a la verdad y la febril adhesión a ella se logrará esa libertad, puesto que tan sólo la verdad nos hace libres.

JOSÉ MARÍA DE ESTRADA.

## DEL PRESIDENTE ROOSEVELT

Truman. Presento el catálogo completo a manera de conveniente información del lector y sin suscribir, necesariamente, todo el comentario de Mr. Henning.

"1. El convenio secreto en la conferencia de Yalta, por el cual el Dictador de Rusia, Stalin, aceptó entrar en la guerra contra el Japón temiendo en vista la adquisición de las Islas Kuriles, al lado de las Islas Aleutianas, además de concesiones territoriales y económicas en China.

"2. El convenio secreto en la conferencia de Teherán, por el cual Mr. Roosevelt dio su asentimiento a la división de Europa en dos esferas de influencia, rusa y británica, a la partición de Polonia, y a otras medidas para extender el dominio ruso en la Europa oriental.

"3. El convenio secreto con Stalin, en Yalta, según el cual Mr. Roosevelt había estado de acuerdo en que Rusia debería tener tres votos en la organización de las Naciones Unidas.

"4. La carta de Mr. Roosevelt al Rey Ibn Saud, de Arabia, en la que prometía no tomar ninguna medida en Palestina hostil a los árabes, lo cual es considerado por los Sionistas como un repudio que el mismo Presidente hizo de su promesa de promover un estado judío.

"5. Un acuerdo en Yalta sobre el sistema de fideicomiso de los

territorios capturados al enemigo, y de otras zonas dependientes, ejercido por las Naciones Unidas.

"6. Un entendimiento que Stalin obtuvo en Yalta, según el cual Rusia debería recibir el 50 por ciento de las reparaciones exigidas a Alemania en tanto que Gran Bretaña y los Estados Unidos recibirían 20 por ciento cada uno, y las naciones restantes se dividirían el 10 por ciento restante.

"7. Un acuerdo de Mr. Truman en la conferencia de Potsdam disponiendo la revisión de la convención de Montreux que rige la navegación de los Dardanelos, por el cual Turquía sería privada de su facultad de restringir el paso en cualquier forma.

"8. Un acuerdo en Yalta entre las autoridades militares americanas y rusas por el cual se procedería a la repatriación de los ciudadanos soviéticos liberados por los americanos y de los ciudadanos americanos liberados por los rusos, por donde los polacos, búlgaros, checos, finlandeses, eslovacos, austriacos y otros anti rusos, serían entregados a las autoridades rusas con el fin de encarcelarseles, deportarseles o "liquidarseles".

"9. Un entendimiento con Roosevelt logrado por Churchill en la Conferencia de Casablanca, por el cual los británicos deberían quedarse con el control de todas las operaciones militares en el Medi-

terráneo oriental y en la Europa oriental del sur.

"10. Un memorandum suscrito con las iniciales de Roosevelt y Churchill en la Conferencia de Quebec, en 1944, en el cual se aprueba el plan de Morgenthau sobre la desindustrialización de Alemania, y su transformación en "un país compuesto principalmente de campesinos y pastores".

Este es el catálogo del 5 de mayo. Sería mejor que nos acordáramos contra futuras sorpresas. Mr. Henning hace esta significativa observación: "Cada vez, y es más de una, que Mr. Byrnes ha declarado que ya no hay más secretos que revelar, he visto que en sus propias palabras revelan otro de cuya existencia no tenía el la menor idea. Dice Mr. Henning que "no se puede esperar mucha luz de Moscú mientras dure el régimen de Stalin", yo no pienso lo mismo. Me inclino más bien a sospechar que cuando Mr. Roosevelt dijo "Stalin nos tiene entre la espada y la pared" estaba insinuando que Stalin sabe de otras promesas que deberemos cumplir, y que nos "soltará" si, como algunos sugieren, nos ponemos "serios" con él.

Mr. Henning continúa: "La gran esperanza de los historiadores es Mr. Churchill que está escribiendo sus memorias, tiene fama de descubrir secretos". El día en que se escriben estas líneas,

un periodista neoyorquino que acostumbra hacer declaraciones exactas, declara lo siguiente: "Churchill mantiene la suma de \$ 100.000 por revelar en uno de nuestros magazines lo que piensa de los Estados: sus discursos que aún no son publicados le representan la suma de \$ 50.000 pagados por Henry Luce". Si hay algo de cierto en estos rumores —que son verosímiles, dada la reputación de los conferenciantes y escritores ingleses que venden como bombones sus opiniones a los americanos— puede deslizarse en el alma de Mr. Churchill en estos momentos, la tentación de decir algo más de lo que pasó en secreto en Yalta, Teherán y Moscú. Mayores humillaciones nos aguardan todavía, y todo porque nuestro difunto Presidente pensó que sabía mejor que nosotros mismos lo que nos convenía, y porque creyó que él podía gobernar el mundo mejor que lo que el mundo puede gobernar a sí mismo.

No es necesario —tampoco habría espacio en estas páginas— hacer una consideración a cada uno de los diez tratados secretos de Mr. Roosevelt. Nos limitaremos a discutir dos de ellos. Nos hemos visto envueltos en el embrollo indio-árabe-británico en Palestina. De todos los expedientes cometidos por el difunto presidente, éste es el más innecesario. Todo el mundo sabía que Inglaterra



se había puesto en un mundo al hacer pretensas reconstrucciones a Jafas y Arad. Guadalupe, maldita mujer había pensado. Mal negocio para Inglaterra, pronto a Dios que nosotros no tenemos por que temerlos. No sé Mr. Roosevelt. Parez que si lo sevierá que algunos equivocados que cometen Inglaterra, debemos vencerlos también. Así es que, después de hacer imposibles a los serenos pensados a los Jafas, se dirigió a los Jafas para hacerlos saber que si, es decir nosotros, no hacemos nada en Palestina sin consultar a los Arabes. Por qué no firmo la solicitud de decir "no hacemos nada en Palestina" y de nuevo allí se declararon? Pero el entendimiento en todo se mete, como sólo sea por darse el gusto. Y a semejantes de aquel médico que que sólo sabía curar ataques, por lo cual provocaba ataques en todos sus pacientes para poder curarlos, así los que se dan de compañeros del mundo, se dedican a provocar un desmoronamiento, para poder arreglarlo en seguida.

En los momentos en que escribo —11 de mayo— los diarios nos dan las siguientes noticias de Jerusalén: 200.000 árabes mal armados están en guardia contra un ejército británico de 200.000 hombres perfectamente equipados, y unos 70.000 judíos alistados como comandos. Hay un título que es una interrogación: "¿Qué ha sido Inglaterra si se produce un choque entre judíos y árabes?". Lo que hicieron los ingleses en estas circunstancias no sería por qué ser de nuestra incumbencia, pero Mr. Roosevelt opinaba que debíamos mostrarnos en los nombres de todo el mundo de manera que ahora nos toque averiguar qué hará Inglaterra, sea bueno o malo, para hacer nosotros lo mismo. Esta es nuestra tragedia, tanto mayor si consideramos que el hombre que sin saber hablar por nosotros, lo hizo a pesar de todo, y con su típica indiferencia nos trasladó la carga y solución de este conflicto. "El mal que hacen el hombre en vida, lo sobrevive".

Tal vez el peor de todos esos planes —aunque no tan secreto como los otros— es el programa trazado por Morgenthau para eliminar la industria en el Ruhr y en el Saar y "convertir a Alemania en un país especialmente agrícola y pastoril". Así el néfito en historia y psicología podía haber dicho a los personajes cuyos iniciales aparecen al pie del documento, "F. D. R." y "W. S. C." (para no referirnos a su autor, Mr. Morgenthau), que un plan de esta especie es señal de completa locura. Cualquiera que sea nuestra opinión sobre el nazismo o el militarismo alemán, no puede haber dos opiniones diferentes sobre la genialidad de los alemanes para la mecánica, o sobre su competencia en el mundo de la industria y del comercio. Pretender transformar en pastores y campesinos —en rústicos— a millones de hombres preparados para ser ingenieros, comerciantes, manufactureros, financieros, es un crimen contra la naturaleza. Es destruir la civilización, y, sin em-

barga, es una tragedia que ha sido programada "para la reconstrucción del mundo". ¿Esas que han llamado la paz, allí donde todo ha transformado en guerra? ¿Esas que han pelados del pelo cabito sus voluntades a los primeros Preses de una locura criminal sin pararla a esta, las conspiraciones del nazismo de Europa, quienes reconstruir esa Europa destruyendo un escudillo en el comercio. Presidencia internacional sobre "Un Mundo", nos dicen que no podrá haber parte de este mundo sana o alguna parte de él está loca, nada, no obstante lo que se propone no provocarle nada menos que una parálisis.

Por decir estas cosas, y en general, por hacer el desesperado esfuerzo por injectar un poco de sentido común en el pensamiento político y económico, por no decir un poquito de humanidad y una migaja de religión en el trato entre las naciones, será calificado, sin duda, de nazista, fascista y aliado de una "paz blanda". Sugiero a los críticos que busquen en el diccionario de invectivas algunos epítetos más graves. Esos están viejos y ya no me hacen gracia. Yo sé bien lo que pienso del Nazismo y del Fascismo, lo he escrito en estas editoriales durante más de veinte años. Pero pre-

fero que me dejen vivir, y si hay que llegar al caso, preferiría ser más o menos, antes de llamarme internacionalista y socialista, la verdadera fuerza extrema del malismo. Del malismo y del socialismo se destruyeron Alemania, nos destruyeron a nosotros mismos.

Durante mil años, y para ser exactos, por más de dos mil años, la gran lucha del mundo occidental ha sido entre estas cosas: ¿debe haber las repetidas ideas de barbarie oriental. Esa lucha todavía perdura. Es posible que haya sido el peligro de que el Occidente se viera absorbido por el Oriente sea mayor que en las tiempos de Jerjes, Nabucodonosor, Genghis Khan, o Temürcan. La barbarie más oriental contra esta invasión, era Palestina. Ya no existe. La guerra existente es el Austria —con Hungría— y Alemania. Sea que amemos a estos pueblos o que los odiamos, hay un hecho que tendremos que reconocer, y es que si, de acuerdo con el memorándum firmado por Roosevelt y Churchill, en Quebec, se llega a la desindustrialización de Alemania, la civilización de Occidente será destruida, y la potencia de Europa quedará abierta a la influencia del salvajismo oriental. Si alguien se sintiera inclinado a burlarse de esta predicción, po-

dría mirar una mirada al África del Norte, desde Alejandría a Trípoli. Toda esa extensión ha en un tiempo sido tierra fértil para pueblos de gran civilización. Ahora ha venido a la barbarie. Podría decirse lo mismo en una gran zona del mismo al norte. Puede decirse lo mismo si se mira un vasto cultural en la región que fue ocupada en un tiempo por Alemania y el Austria.

Como podía haberse esperado, los momentos que hicieron guerra en privado, se pelearon en público. "Dios mismo después de Tabor", dice Mr. Henning, "Churchill y Stalin refieren por la repatriación de los desguape. Stalin estaba controlando los estados bálticos por una fuerza que alarmó a Yugoslavia. Junto con Tito, se dedican a echar a un lado a los ingleses y al Rey Pedro en Yugoslavia, de manera que aparezcan albaneses como hacia Grecia a pesar de haber acordado a aceptar el dominio de Inglaterra sobre ese país. Churchill, tomando consigo al M. J. Smith de Relaciones de Inglaterra, Mr. Eden, se fue con gran prisa a Moscú y tuvo una escueta con Stalin. Hicieron los paces. En que términos, es algo que nunca se ha sabido. Se puede presumir que han reafirmado el acuerdo de Tabor, pero desde entonces los in-





el África  
a Tan  
que no  
pueda per  
en. Abre  
a. Indica  
a región  
de sus  
a. Tallo  
a. Tu reu  
Munión

perada,  
siente en  
pública  
ción",  
chill y  
pública  
a. me  
nitas en  
a. Indica  
a. Tallo  
a. Tu reu  
Munión

al Mi  
alerno,  
a. Tallo  
a. Tu reu  
Munión

plena se han querido de que ha  
lo que ha cumplido su palabra  
con respecto a Yugoslavia, país  
del cual ha tomado medidas abso  
lutamente, y de que tampoco la ha  
cumplido con respecto a Grecia,  
donde la intervención contra el de  
món inglés ha sido financiada por  
los organismos griegos pro-sovie  
ticos.

De esa manera puede verse  
una guerra y, si resulto, inglu  
bria planea exigencias que vayan  
más allá contra Rusia. Nada  
importante que se agite en el  
momento. Jackson Churchill y  
Eden en conferencia con Stalin.  
En la persona de Mr. Roosevelt  
ocurren en principio y en el  
hecho la idea sobre "relación de  
influencia" y que, sin ser adi  
cionalmente, no se han  
hecho compromisos, pero estamos  
en ello y deberemos seguir.

Mr. Henning nos hace recordar  
que el Ministro Cordell Hull "ex  
presó en forma elocuente en el  
Congreso que ya no habría más  
relación de influencia, ni política de  
fuerza". Sin embargo, no había  
pasado un mes después de su re  
greso de Moscú de donde trajo el  
mensaje al Congreso, cuando esos  
mismos viejos principios se veían  
refirmados y establecidos. Quan  
do Mr. Hull leyó el memorandum  
de Stalin, "exploró", según dice  
Mr. Henning. No quería creerlo  
hasta que le fué aceptado por Mr.  
Roosevelt. Después de lo cual Mr.  
Hull se apenizó y nunca más se  
le oyó mencionar las "esferas de  
influencia".

"Las malas compañías corrom  
pen las buenas maneras", dice la  
Escritura, y también, "Con los  
santos serás perverso" y "El que  
toca la peca se manchará". Tal vez,  
aun en esta época viciada, po  
dríamos arriesgar la enunciación  
de una vieja verdad: el que se aso  
cia con bandidos internacionales  
se transforma en otro no mejor  
que ellos. En el juego de la po  
lítica de fuerza, las naciones son  
verdaderos gangsters: ningún  
miembro de la cuadrilla puede  
pretender ser mejor que los de  
más. Al lema del moquetero:  
"Uno para todos, todos para uno",  
debe hacerse el mismo agregado:  
"para bien o para mal".

Los americanos que se opusie  
ron a que entráramos a la guerra  
y que nos uniéramos con Rusia  
con ese objeto, predijeron las con  
secuencias con una clarividencia  
que puede parecerse ahora pre  
ternatural.

Desde ahora en adelante, y  
mientras vivamos tendremos que  
vernos envueltos en todas las ma  
las pasadas, vueltas y manejas to  
cadas, en las jugadas y contraju  
gadas que han sido objeto de la  
técnica diplomática durante mil  
años. Tendremos que ser ahora  
tan tramposos, tan fallos de prin  
cipios y tan traidores como el  
peor de nuestros aliados. Hemos  
partido con ellos, los hemos ayu  
dado a urdir sus planes, hemos  
tomado parte en sus juegos y en  
sus crímenes, y ahora ya no nos  
dejarán.

Cuando un nuevo miembro se

uniera a uno de los, la penosa  
que hacen los amigos en la  
calle participar en alguna sencilla  
misión, o tal vez en alguna misión  
Dado que ninguno ya tiene ni  
"danza el", y ya no podrá ya  
largo. El siguiente paso es el as  
sunto. Si el soldado se queda de  
escrúpulos para aceptar este acto,  
los miembros miembros de la ban  
da pueden preguntarse: ¿en cómo  
puede el alma el tipo de tener  
una conciencia. Este es nuestro  
caso. Hemos tomado parte en una  
misión de los Tres Grandes. Si  
atendáramos con rigorismo de la  
banda nos advertirán que nuestro  
pequeño precepto la guerra, así es  
que deberemos continuar, y ya  
tenemos demasiados problemas  
a considerar sobre relaciones in  
ternacionales. Nathaniel Peffer, en  
"América y su lugar en el mun  
do" ("America's Place in the  
World"), libro notable por su cla  
ridad y franqueza, dice: "el com  
municador e inconscientemente lan  
guaje de los idealistas cuando se re  
fieren al papel que pueden desem  
peñar los Estados Unidos como  
queza del mundo en un plano ele  
vado de relaciones internacionales,  
es sólo palabrería, magnífica si se  
quiere, pero completamente vacía  
de sentido". "Pertenece", dice, "al  
tipo de declaraciones que deja per  
plejos a los pueblos de otras na  
cionalidades, y les da su margen  
para adoptar un aire entre con  
descendiente y divertido, o simple  
mente desdichoso". Por lo tanto, o  
las ojos del mundo no estamos ac  
tualmente en posición de espi  
onar en jueces de las villanías de  
José Stalin o de cualquier otro ti  
rano brutal y sanguinario.

Podemos asociarnos, sin culpa  
tal vez, con Stalin, en una gue  
rra contra el fascismo, alegando  
que la mejor arma contra una  
clase de fascismo es un fascismo  
de otra clase. Hay peligro, sin em  
bargo, en una táctica de esta es  
pecie, como la hay cuando la po  
lítica acepta la ayuda de una ban  
da de malhechores para destruir  
a otra. Pero desde el momento en  
que no sólo hemos aceptado la  
ayuda del asesino de un millón  
de hombres, sino que, además, nos  
hemos asociado con él y hemos  
conspirado con él en secreto para  
dividir el mundo y destruir sus  
despojos, no podemos tomar a mal  
que el mundo diga: "Todos son  
iguales: americanos, rusos, ingleses;

todos. Hemos de destruir todos.  
Hemos perdido nuestros principios  
morales".

Cuando finalmente la bomba ató  
mica sobre Hiroshima y Nagas  
aki, mató a muchos americanos (en  
tre ellos, John Foster Dulles y  
Harrison W. Kaldwell), a quienes  
habían estado ya en estas plazas  
dijeron que en esa forma había  
una destrucción hasta la última  
repugnancia a seguir a través la  
dirección, moral. Pero ya había  
mucho perdido la reputación por lo  
menos de que se oyera hablar de  
la bomba atómica. Cuando Mr.

Roosevelt se retiró de la guerra,  
una de las "palabras del momento"  
fueron las "palabras del momento"  
que por uno los amigos prosovie  
ticos se equivocaron y dijeron que  
la Corte del Atlántico, entonces,  
a los mismos tiempos y ya había  
mostrado los americanos, entonces.  
Hay un modo de recordar el  
prejuicio que hemos perdido, pe  
didos, repugnancia todos los países,  
testigos y personas que se habían  
hecho con el consentimiento y nos  
sustentaban del Congreso y del  
pueblo. Si eso es imposible, esta  
misión perdida.

## COMENTARIOS

No va Merill que estas que  
daron manchadas en Nuremberg,  
utilizadas —al final del simulac  
ro— para quitar la última inti  
midad de los ultimatos, en una  
exhibición que no inspiró un mi  
nuto. No nos repugna tanto ese  
acceso constante, que al fin y al  
cabo los "jueces" debían tomar  
sus medidas para que los foras  
dos actores cumplieran su parte en  
la minuciosamente preparada, vi  
sa en arena, desfile de condena  
das, fotografías, (probablemente  
cinematográfica sonora y técnico  
lar) recinto de ejecución con 16  
reflexores, patibulo con tres es  
calones, últimas palabras ante un  
auditorio numeroso, nuevas foto  
grafías ahora de los cadáveres,  
primeros vestidos y luego desnudi  
dos, etc. No, no es eso lo que  
ha asociado a la mirilla con algo  
particular, modernamente infame;  
es el periodismo sensacional, esa  
especie de curiosidad de la masa  
que supo demandar por boca de  
un Mr. Smith cualquiera la sa  
grada, sí, sagrada intimidad de  
unos moribundos. Por creer que  
los primeros martirios o prime  
ros verdugos del hombre al vac  
cer no deben ser objeto de mal  
sana curiosidad, porque no conce  
bimos su exhibición en un noti  
ciero, por eso mismo es repug  
nante la crónica del señor King  
bury Smith tomada a través de  
las mirillas de las celdas y que  
menciona el lugar más destacado en  
todos los diarios. Describe el "en  
orme rostro" de Goering, "rostro de  
un criminal, rudo, maligno y lo  
co. Su boca contraída tenía una  
tensión de ratonera". Detrás de la  
mirilla se complacía en describir  
"las profundas arrugas y las fo  
tas bolsas bajo los ojos, la faci  
es de sus mejillas, un solo pelo  
enmarcado como si con sus ma  
nos recordara la hubiera estado  
moviendo nerviosamente". Se re  
corda calculando que "Goering será  
quien tenga que hacer el recorrido  
de más largo trayecto no pudieron su  
llevarlo) desde su celda en su  
último paseo hacia el patibulo".  
No se le debe haber ocurrido al  
curioso imperpetrante la cara que  
el tendría después de seis meses  
de interrogatorios y doce días de  
"capilla".

La siguiente mirilla por la  
cual observé, continúa esta espe  
cie de lectura periodística, me re  
veló la figura desmadrada de Rib  
bentrop, sentado en la cama, con  
ojos vidriosos y aspecto de embo  
tamiento. "Es el más sucio de  
los prisioneros de Nuremberg",  
anota crudelmente. Del mariscal  
Keitel, el pequeño Smith comenta  
que "parecía como si se sintiera  
mentalmente crucificado". (¿Qué  
precisión impertinente!). "Teña",  
agrega, la quijada contraída, co  
mo haciendo un esfuerzo por  
resistir heroicamente un dolor exter  
no". Y como para hacerse per  
donar ese adverbio, agrega: "Pe  
ro sus ojos ardían con una mira  
da de animal herido, lleno de  
odio".

Se ensaña luego con Sauckel,  
"el más cruel esclavista desde la  
época de los Faraones", "en un  
aspecto de mona que de hombre",  
a quien describe diciendo "en  
una escudilla de lata llena de so  
pa que mantenía pegada a la bar  
billa mientras que con la cuchara  
lanzaba el líquido con impa  
cencia sobre sus labios gruesos y  
vulgares".

La dureza y la crueldad, el odio  
y la maldad, entre quienes la mi  
rilla separaba, no parece haber si  
do, poco antes del desenlace, el  
estado de quienes ocupaban las  
celdas, a juzgar por el hecho de  
que todos ellos menos uno acep  
taron auxilios religiosos, cinco  
—los católicos— comulgaron poco  
antes de ser matados y casi todos  
de entre los que llegaron al pa  
tibulo afrontaron la muerte con  
palabras que será difícil borrar del  
recuerdo de una generación.

¡Que el señor Smith y sus se  
ñejantes se queden con sus pun  
tillos de miral!

Truman, el inefable presidente,  
desesperación de sus prescudos, co  
mentó, siempre clemente. Ya he  
mos hecho notar en anteriores ne

## DECIA KEYSERLING

"Superficialmente considerada,  
parece difícil el comprender cómo  
una guerra que no acaba con la  
destrucción literal de uno de los  
contrincantes puede realizar su ob  
jeto. Pero, en realidad, sólo aque  
llas guerras que han quedado in  
decisas desde el punto de vista  
material del soldado, han resulta  
do productivas y, por tanto, con  
un sentido; y ésta es también la  
razón de que una de las leyes fun  
damentales de la ética militar ha  
ya sido honrar al enemigo y res

petar al vencido (habiendo de so  
lemne practicado lo contrario en  
épocas y pueblos antibeligeros, ra  
zados esimismo que hace tan infa  
me la moderna guerra de exter  
minio). La explicación de ella es  
que el verdadero objetivo de la  
guerra no consiste en la destruc  
ción del enemigo, sino en una  
modificación del actual equilibrio  
de fuerzas, que, por otra parte,  
sólo será posible de un modo algo  
estable si el alma de los pueblos  
en cuestión se ha transformado".  
(Norteamérica Libertada, pg. 12)



lexhous di  
 se llamé  
 Actua de  
 cuenta y de  
 creencia po  
 e por el e  
 pero pro  
 to de la  
 manas las  
 que quedit  
 artos y re  
 cendar en  
 que tan  
 Lo han  
 lugar de

Visto con amplia perspectiva y un sin propósitos actuales y futuros, el contenido de las veintuna naciones hará historia. Directa e indirectamente, ha producido resultados que sirven base y fondo de mucho de lo que está por acontecer. Estos resultados no figuran en el programa, pero su significación supera en importancia a cuanto en él se apunta. He aquí algunos de ellos: 1° La conferencia de Paris ha venido a eliminar al mundo internacionalismo de la existencia imbatible de "los grandes" contrapuestos. 2° Definido, concreto, consolidado —regulado en fin— la política exterior de los Estados Unidos. 3° Asignó firmemente en la dirección de una sola línea de actividad —el comercio mundial— a los Estados Unidos. Y ha convertido al autómata —por decirlo así— a Buenos Aires, que existía ya en la política exterior y una vez más divergente de vista en Los Estados Unidos. 4° Ha resultado que la Unión Soviética y el bloque pariente Asiático —encontrados por la ruta que se han



# ROMANTICISMO Y CLASE DIRIGENTE

El romanticismo —expansión desordenada, disgregación, diluvio que había sus valles microcósmicos— parece producto de generación espontánea. Rousseau es la que se llamo un hijo de padres desconocidos. Pero exigida por la dialéctica histórica de no nacer el individuo en el vacío de la provincia lúbrica ocupada su lugar. Sin la Esmia es imposible entenderse con Werther, sin el blando humanitarismo rousseaui resulta incomprensible la infamidad de Robespierre.

Es empresa bastante difícil ver el romanticismo desde nuestra perspectiva. Entre él y nosotros se interpone —como un enorme primer plano de Sidney Greenstreet— la hinchada vanidad de Victor Hugo. El romanticismo, que comienza con Rousseau y culmina digno en Chateaubriand, acaba, en realidad, con el Prefacio de Lamennais. Medio siglo de fecundidad, un poco demasiado para un movimiento que arrastra consigo el pecado original de negar el pecado original. Después de 1827, la escuela romántica —lirismo florido, invocaciones a la fatalidad, cabelleras microvibrantes— vive de repetición, obedece a leyes tan rígidas como las de Boileau. El egocentrismo de Victor Hugo creyó promulgar el estatuto del romántico. Nosotros podemos hoy decir, con Georges Lorris, que *"la fameuse Préface ne fut pas un manifeste, mais un testament"*.

En este sentido Lamennais —el Lamennais de l'Assommoir, el de la peligrosa edad en que Antonio conquista a Cleopatra— pertenece a la decadencia del romanticismo. Pero en Lamennais hay algo más que romanticismo literario, Lamennais es, con Rousseau, más que Rousseau, el padre del romanticismo político. Porque el romanticismo es, tanto como una

escuela literaria, una escuela política, mejor antipolítica.

Frente a las buenas maneras de Chateaubriand, el romanticismo exalta la brutalidad de los sentimientos, los sentimientos. Frente al elegante escepticismo, frente a la discreta politeness de la Ilustración, el romanticismo encarna —abundancia de gestos, chalecos escarlata— la pasión divinizada. El iluminismo es liberal; el romanticismo ya resulta democrático. Y si algún exigente cronologista ensayase recordar que la palabra liberal, aplicada a un sistema de ideas políticas, es de origen romántico —de las Cortes de Cádiz, dicen, la tomó Bentham— establezca mentalmente un paralelo entre Voltaire y Rousseau, y verá que el primero representa la derecha, el liberalismo, y el segundo la izquierda, la democracia. Lamennais, apuntando la carnalización de lo sobre natural, completa a Rousseau. Porque el romanticismo es, en suma, la revolución sin bautizar pero confirmada. Resulta, pues, que del iluminismo al romanticismo no hay más que el sacrilegio.

El reconocimiento del romanticismo político no deja de poner alguna luz sobre la historia. Por ejemplo, sobre el fracaso de Napoleón, un hombre tan moderno por muchos conceptos, un hombre incluso más moderno que, por ejemplo, por caso, el general Primo de Rivera o el mariscal Pétain. Apunta agudamente Máximo Elcheagaray que el fracaso de Napoleón fue el fracaso de su intento de estructurar —conjugando las novísimas energías sociales con los restos de la vieja aristocracia— una nueva clase dirigente. Y Napoleón fracasó porque no era posible dejar de fracasar, porque toda su genialidad política era impotente contra el romanticismo, porque, en resumidas cuentas, su intento era anacrónico. Arrojarse en semejante empresa era desconocer, desconocer padeciéndolo, que el concepto de clase dirigente —como el de estilo, diría Weiditz— es un concepto prerromántico.

La democracia es incompatible con una clase dirigente no consubstancializada con ella, única que merece tal nombre. Moderna-

mente, entonces, los románticos no podían exigir la sociedad no pueden reclutarse en sectores estratificados de la masa, como lo prueba el caso de Bismarck, de Alexander de Duma, como lo prueba el caso Perón. Dignos pues —por lo menos— de la Marcha Sanjón, Sanjón, que las democracias son potestades, tienen sus dioses, pero están en ellos.

También aquí, en esta nuestra Argentina, ha ocurrido en perspectiva lo que en Europa. Las clases dirigentes desaparecieron, para no volver, el 12 de octubre de 1916. Victorino de la Plaza e Hipólito Irigoyen, energéticos rostros andados que encienden un bucho cuyas dimensiones abarcan: el triunfo del romanticismo en tierras del Río de la Plata.

Porque el advenimiento del radicalismo es, evidentemente —no nos engañe la prosa conceptista de su caudillo— el advenimiento del romanticismo. Y si algún político, aquí y ahora, se empeñase en resucitar las clases dirigentes, haría —como el mesurado y digno Adolfo de Constant— el romántico a pesar suyo. Por las reacciones que habría indudablemente de provocar, ayudaría a encaminarnos en la vía de la democracia, en el camino de las tan declamadas aspiraciones modernas de los pueblos:

En esta trabajosa y ardua resolución que vivimos los argentinos, pareciera que empezamos a salir del romanticismo. Conviene no olvidar que al romanticismo —en política como en literatura— sucede el naturalismo. Al que otros —su literatura como en política— le llaman realismo. Por donde hoy, en política, no se puede hacer clasismo. Sólo se puede hacer simbolismo, ese desagravio a la realidad, mutilada, precisamente, por los realistas.

CÉSAR FALCÓN



## M A E Z T U

"España es una encina, medio sofocada por la piedra", escribía Barroto de Maeztu en 1931. Desde veinte años atrás lo venía preguntando en todos los tonos, con voz bronca de angustia. No lo hizo en vano. Cuando todo parecía perdido, cuando parecía que la encina iba a caer para siempre sobre la meseta calcinada de Castilla, la espada victoriosa de la Es-

paña eterna arrancó de cuajo la Antiespaña.

La yedra pudo, todavía, llevarse a Barroto en su caída. Hoy, cuando la encina se está recolando de sus heridas y vuelve a apuntar sus ramal al cielo y a hundir sus raíces en la tierra bendita, Barroto recuerda al profeta y mártir de la Hispanidad —Cristóbal Colón— que hace diez años caía en la Cárcel Modelo.

## DISTINCION

Nuestro colaborador, el Pbro. Dr. Octavio Nicolás Derisi acaba de obtener el Primer Premio Nacional de Filosofía, Crítica y Ensayos para el trienio 1943-1945 con su obra *Filosofía Moderna y Filosofía Tomista*. Se distingue así no sólo un libro sino un conjunto de una decena de obras, entre las que descuella singularmente *La doctrina de la Inteligencia de Aristóteles y Santo Tomás*, amén de la meritoria labor docente del autor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en los Cursos de Cultura Católica de Buenos Aires y La Plata y en el Seminario Metropolitano de La Plata.

El director de *Siglo Veintiuno* con este premio una carrera es la que ha obtenido distinciones tan sobresalientes como el Premio Uni-

versidad al mejor agregado de su promoción en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y el Premio Carlos Octavio Bunge a la mejor tesis del bienio 1940-1941.

Hay en este libro de versos, un simpático afán, una inquietud por decir algo, que el fin se dice de manera simple. Dios y la Patria, vistos a través del claro aire mendocino, están presentes

en la inspiración de Atilio Anastasi.

Los influencias se reconocen fácilmente en cada poema. Bernárdez, Fernández Morena, Lugones y aun Bécquer, se transparentan en las canciones de Anastasi, cuya forma no es aun del todo precisa.

La segunda parte del libro, es sin duda, superior a la primera. La inspiración toma otro vuelo, y se plasma en poemas muy claros, como "Estampa Mendocina", o en perfiles trazados con gracia como los de "Pájaros".

En resumen, para hablar de las canciones de Anastasi, preferimos aludir a su espíritu transparente y simple como el agua, antes que a su estructura, bastante irregular y en algunos casos, ciertamente débil.

## BALCON

REVISTA SEMANAL

Dirección y Administración  
Sarmiento 930, 6º piso B

Suscripción anual \$ 15.-  
Semestral \$ 8.-

Trimestral \$ 5.-  
Número suelto \$ 0,30



Jurista.—El bazo resalta San-  
soro en lazo con "esperanza", se  
enfrenta a la muerte, gracias al  
bazo, sacra de la política con  
el P. Meinvielle. Habla al pro-  
pio de esta con espíritu de  
coraje, si se quiere aliento, cu-  
mo si fuera hecho de Meibner-  
lan. Luego se termina. Tiene en  
una mano el tratado "De la Me-  
morabilia" de Dami y sobre la me-  
sa varios volúmenes de Santo To-  
mas.

Profesor, empiezo por decir  
una declaración de principios a per-  
sonal por la curial pegada del P.  
Meinvielle para poner en el reng-  
ón de gran efecto aunque a otros  
utiliza mostrando su ignorancia. Y  
después que fui no desecha lo que  
muestra todo el peso del encuen-  
tro, mostrando su virtud a fuerza  
obliga al oyente a advertir a  
sentirse el "cuerpo".

—Está Ud. satisfecho del re-  
sultado? pregunta el desprecia-  
do bazo y lazo.

—Sí, si, contesta Sansoro (su  
adversario no es rotundo). Satisfe-  
cho pero no mucho.

—Cómo así? Explíquese San-  
soro. (El bazo no toma a su de-  
mureo).

—El P. Meinvielle no ha re-  
ducido un artículo en la última  
revista de Bazar? Capta la ola  
al mar: escribir un artículo sig-  
nifica desistir del contrapunto, im-  
porta dejar sin respuesta mi res-  
puesta. Además qué decir el ar-  
tículo? Dice "no vamos a hacer  
cuestión sobre si una pura política  
de derecha se identifica o no con  
la política como tal. El asunto ex-  
igiría muchas precisiones. Pero con-  
testamos que así fuera". Pues bien,  
bazo. Me pregunto si esa era o  
no la oportunidad señalada para  
que el P. Meinvielle hubiese ex-  
puesto las muchas precisiones que  
debidas, al parecer, sacras de to-  
tema ya dilucidado en terreno, un  
embargo, por el en otro artículo  
anterior (Bazar N. 16). De  
cualquier modo, el caso es que  
ya "un hace cuestión" de la que  
literalmente (ar.) era la cuestión.  
Por eso fue el bazo un deslica-  
miento harto sutil. Pero, le repito,  
estoy molesto, contristado así. ¿Y  
sabe por qué? Porque ni he apren-  
dido nada nuevo, ni he conseguido  
hacerme entender.

—Vamos, intercala el bazo con  
mayéutica pausa, veamos.

—Recuerda, conciencia nunca  
dormida, que el P. Meinvielle ha-  
blaba de la "insuficiencia de la  
pura política de derecha"—a su  
juicio una especie de insuficiencia  
moral—o lo que yo repeto regis-  
trando la no ausencia o ineptitud de  
la política, de toda política, para  
bastarse o a sí misma. Pero en el  
artículo último introduce una va-  
riante prodiga al transferir aque-  
lla insuficiencia a la "pura políti-  
ca". Y lo extraordinario es que  
en vez de mostrarse disconforme  
con mi modo de enunciar la inca-  
pacidad de la política "para una  
ordenación integral del hombre".  
Para el P. Meinvielle esto es he-

choza del "naturalismo político"  
y de otros que entran en la apren-  
dida. Desde este día de la políti-  
ca, pero se empieza en desmentar  
su necesidad.

Esa tremenda cura claudica-  
nada, de torbellinos paraguayos,  
siente a no dudarlo "en otros re-  
las lavas" de que habla Dami  
en su tratado. Y el "cabo de las  
líneas" no es una virtud automá-  
tica.

—El P. Meinvielle opone a "la  
pura política", de nuevo papamam-  
te, dice, "la política católica". ¿Qué  
plena Ud.?

—Dice que no me responsabilizo  
de las consecuencias de esta "re-  
lución del mundo". En primer lu-  
gar vuelvo a mi propia postura.  
He subrayado la ineptitud de la  
política sola o solitaria. Natural-  
mente, al aludir a "la ordenación  
integral del hombre" me he refe-  
rido—esto parecería obvio— a su  
PERSONA SOCIAL, a "la vida pú-  
blica terrestre", que dice el P.  
Meinvielle, porque por lo demás,  
no sé de una vida pública celeste.  
Luego es inútil que se quiera in-  
troducir aquí un distinguo. Me  
arraigo en el más seguro sentido  
clásico, en el sentido común, padre  
de Sófocles, que fija un término pa-  
ra cada cosa y muchísimas cosas  
en su diverso ser. La ciudad tem-  
poral es reflejo, según San Agus-  
tín, de la ciudad de Dios. El bien  
temporal es vasallo del sobrenatu-  
ral como la filosofía lo es de la teo-  
logía. Pero no se sigue de ello que  
debe trocarse la peculiaridad pro-  
pia de cada cual. Y las notas espe-  
cíficas del bien temporal, super-  
no ontológico de la política, no con-  
tienen de nuevo, o en sí, ningún  
atributo sobrenatural, del mismo  
modo que la filosofía se distingue  
de la teología. La gran boga de  
Santo Tomás fue homologar cris-  
tianamente la realidad distinta y  
participada, rescatar el químico  
pasaje, desfogar el orden de las  
cosas temporales. Y para Santo  
Tomás el poder político se cons-  
tituye como poder autónomo.  
Ninguna doctrina ha dado más es-  
goz y sustantiva energía a la po-  
lítica.

—Ségrese, usted, Sansoro, la  
perinente cía, alcanza el bazo a  
agruñar. (Atorócese. El bazo, mu-  
tuo, se ha puesto un palimpsesto de  
papiro en la cabeza, como gorro de  
sueño).

—Tanto el poder espiritual co-  
mo el temporal vienen de Dios. El  
poder temporal está sometido al  
espiritual en cuanto Dios le ha  
sometido a él, a saber, en las cosas  
tocantes a la salvación del alma.  
En las cosas tocantes al bienestar

del alma se ve la supremacía de  
poder espiritual, pero el Es-  
píritu de San Mateo dice: "dad al  
César lo que es del César" (Comen-  
tario a las Sentencias II, 34, 2, 2,  
al 2). La autoridad política es de  
derecho natural, no deriva de la  
Iglesia. La preeminencia de la  
Iglesia en esta vida, agrega un poco  
pensador español, el régimen de  
las cosas terrenales.

—Pero el P. Meinvielle habla de  
"política católica" y distingue entre  
una política "formalmente católica"  
y otra que solo lo es "dispositiva-  
mente". También sugiere una "po-  
lítica posible".

—Entonces, bazo, emboca. Déjale  
tu de escolásticas jitanjafas. Cú-  
me el círculo preciso de tu leve pi-  
jaca. Porque si por "política cató-  
lica" se entiende aquella subordina-  
ción de lo político al último fin  
del hombre y de la sociedad por  
ente, si se indica que sin el logro  
sobrenatural de nada sirve el bien  
de la ciudad, el concepto es redu-  
ciendo. Pues en el mismo sentido es-  
to se puede atribuir a todas las  
cosas creadas y crecientes o artes hu-  
manas. Y así vale tanto postularlo  
de la medicina como de la política.  
¿Qué cosa pueden dejar de ser cató-  
lica, dejará de integrar lo univer-  
sal?

Pero si por "política católica" se  
significa un planteo de específica  
noción política acaso la leyenda se  
revela equívoca. ¿Cómo predicar lo  
más de lo menos? ¿Cómo insertar  
el todo en la parte? Y cómo no  
dejará transido lo religioso en la  
profusa empresa? Se exige, enton-  
ces, un permanente o perpetuo esta-  
do de milagro. Es decir, justamen-  
te una alteración de lo natural, de  
la gravedad natural del ser y no  
tanto de las cosas. Tengo para mí,  
por lo demás, que política "dispo-  
sitivamente" católica en la acepción  
del P. Meinvielle, habrá, o habrá  
de ser posible siempre que exista  
una sanidad u orden temporal. Es-  
to es, todo bien común realizable  
es dispositivamente católico. Por lo  
que, el logro en un orden implica la  
sola posibilidad regular de hipoté-  
tica unión de lo espiritual con  
lo temporal.

—Esto que usted alega, Sansoro,  
sabe o ignora, según los sentidos que  
se aplican, o tomismo que por lo  
clásico se corre a lo página.

(El bazo ha puesto los pies en  
polvorosa y soporifera sustancia.  
De sus sentidos el que menos uti-  
liza es el tacto. La noche, mien-  
tras, comienzan a ser noche oscura).

—Ah bazo! Para ti las pe-  
drinas de Becquer y los versos en  
largas hileras y todas las ordoñas  
literarias, más me incidan. Amar lo

deber es un valor más que el amor  
a Dios. Sansoro. Tanto es el val-  
or de Dios que el amor a Dios es  
un valor más que el amor a Dios.  
Entonces, bazo, emboca. Déjale  
tu de escolásticas jitanjafas. Cú-  
me el círculo preciso de tu leve pi-  
jaca. Porque si por "política cató-  
lica" se entiende aquella subordina-  
ción de lo político al último fin  
del hombre y de la sociedad por  
ente, si se indica que sin el logro  
sobrenatural de nada sirve el bien  
de la ciudad, el concepto es redu-  
ciendo. Pues en el mismo sentido es-  
to se puede atribuir a todas las  
cosas creadas y crecientes o artes hu-  
manas. Y así vale tanto postularlo  
de la medicina como de la política.  
¿Qué cosa pueden dejar de ser cató-  
lica, dejará de integrar lo univer-  
sal?

Sansoro, empiezo por decir  
una declaración de principios a per-  
sonal por la curial pegada del P.  
Meinvielle para poner en el reng-  
ón de gran efecto aunque a otros  
utiliza mostrando su ignorancia. Y  
después que fui no desecha lo que  
muestra todo el peso del encuen-  
tro, mostrando su virtud a fuerza  
obliga al oyente a advertir a  
sentirse el "cuerpo".

—Está Ud. satisfecho del re-  
sultado? pregunta el desprecia-  
do bazo y lazo.

—Sí, si, contesta Sansoro (su  
adversario no es rotundo). Satisfe-  
cho pero no mucho.

—Cómo así? Explíquese San-  
soro. (El bazo no toma a su de-  
mureo).

—El P. Meinvielle no ha re-  
ducido un artículo en la última  
revista de Bazar? Capta la ola  
al mar: escribir un artículo sig-  
nifica desistir del contrapunto, im-  
porta dejar sin respuesta mi res-  
puesta. Además qué decir el ar-  
tículo? Dice "no vamos a hacer  
cuestión sobre si una pura política  
de derecha se identifica o no con  
la política como tal. El asunto ex-  
igiría muchas precisiones. Pero con-  
testamos que así fuera". Pues bien,  
bazo. Me pregunto si esa era o  
no la oportunidad señalada para  
que el P. Meinvielle hubiese ex-  
puesto las muchas precisiones que  
debidas, al parecer, sacras de to-  
tema ya dilucidado en terreno, un  
embargo, por el en otro artículo  
anterior (Bazar N. 16). De  
cualquier modo, el caso es que  
ya "un hace cuestión" de la que  
literalmente (ar.) era la cuestión.  
Por eso fue el bazo un deslica-  
miento harto sutil. Pero, le repito,  
estoy molesto, contristado así. ¿Y  
sabe por qué? Porque ni he apren-  
dido nada nuevo, ni he conseguido  
hacerme entender.

—Vamos, intercala el bazo con  
mayéutica pausa, veamos.

—Recuerda, conciencia nunca  
dormida, que el P. Meinvielle ha-  
blaba de la "insuficiencia de la  
pura política de derecha"—a su  
juicio una especie de insuficiencia  
moral—o lo que yo repeto regis-  
trando la no ausencia o ineptitud de  
la política, de toda política, para  
bastarse o a sí misma. Pero en el  
artículo último introduce una va-  
riante prodiga al transferir aque-  
lla insuficiencia a la "pura políti-  
ca". Y lo extraordinario es que  
en vez de mostrarse disconforme  
con mi modo de enunciar la inca-  
pacidad de la política "para una  
ordenación integral del hombre".  
Para el P. Meinvielle esto es he-

choza del "naturalismo político"  
y de otros que entran en la apren-  
dida. Desde este día de la políti-  
ca, pero se empieza en desmentar  
su necesidad.

Esa tremenda cura claudica-  
nada, de torbellinos paraguayos,  
siente a no dudarlo "en otros re-  
las lavas" de que habla Dami  
en su tratado. Y el "cabo de las  
líneas" no es una virtud automá-  
tica.

—El P. Meinvielle opone a "la  
pura política", de nuevo papamam-  
te, dice, "la política católica". ¿Qué  
plena Ud.?

—Dice que no me responsabilizo  
de las consecuencias de esta "re-  
lución del mundo". En primer lu-  
gar vuelvo a mi propia postura.  
He subrayado la ineptitud de la  
política sola o solitaria. Natural-  
mente, al aludir a "la ordenación  
integral del hombre" me he refe-  
rido—esto parecería obvio— a su  
PERSONA SOCIAL, a "la vida pú-  
blica terrestre", que dice el P.  
Meinvielle, porque por lo demás,  
no sé de una vida pública celeste.  
Luego es inútil que se quiera in-  
troducir aquí un distinguo. Me  
arraigo en el más seguro sentido  
clásico, en el sentido común, padre  
de Sófocles, que fija un término pa-  
ra cada cosa y muchísimas cosas  
en su diverso ser. La ciudad tem-  
poral es reflejo, según San Agus-  
tín, de la ciudad de Dios. El bien  
temporal es vasallo del sobrenatu-  
ral como la filosofía lo es de la teo-  
logía. Pero no se sigue de ello que  
debe trocarse la peculiaridad pro-  
pia de cada cual. Y las notas espe-  
cíficas del bien temporal, super-  
no ontológico de la política, no con-  
tienen de nuevo, o en sí, ningún  
atributo sobrenatural, del mismo  
modo que la filosofía se distingue  
de la teología. La gran boga de  
Santo Tomás fue homologar cris-  
tianamente la realidad distinta y  
participada, rescatar el químico  
pasaje, desfogar el orden de las  
cosas temporales. Y para Santo  
Tomás el poder político se cons-  
tituye como poder autónomo.  
Ninguna doctrina ha dado más es-  
goz y sustantiva energía a la po-  
lítica.

—Ségrese, usted, Sansoro, la  
perinente cía, alcanza el bazo a  
agruñar. (Atorócese. El bazo, mu-  
tuo, se ha puesto un palimpsesto de  
papiro en la cabeza, como gorro de  
sueño).

—Tanto el poder espiritual co-  
mo el temporal vienen de Dios. El  
poder temporal está sometido al  
espiritual en cuanto Dios le ha  
sometido a él, a saber, en las cosas  
tocantes a la salvación del alma.  
En las cosas tocantes al bienestar

del alma se ve la supremacía de  
poder espiritual, pero el Es-  
píritu de San Mateo dice: "dad al  
César lo que es del César" (Comen-  
tario a las Sentencias II, 34, 2, 2,  
al 2). La autoridad política es de  
derecho natural, no deriva de la  
Iglesia. La preeminencia de la  
Iglesia en esta vida, agrega un poco  
pensador español, el régimen de  
las cosas terrenales.

—Pero el P. Meinvielle habla de  
"política católica" y distingue entre  
una política "formalmente católica"  
y otra que solo lo es "dispositiva-  
mente". También sugiere una "po-  
lítica posible".

—Entonces, bazo, emboca. Déjale  
tu de escolásticas jitanjafas. Cú-  
me el círculo preciso de tu leve pi-  
jaca. Porque si por "política cató-  
lica" se entiende aquella subordina-  
ción de lo político al último fin  
del hombre y de la sociedad por  
ente, si se indica que sin el logro  
sobrenatural de nada sirve el bien  
de la ciudad, el concepto es redu-  
ciendo. Pues en el mismo sentido es-  
to se puede atribuir a todas las  
cosas creadas y crecientes o artes hu-  
manas. Y así vale tanto postularlo  
de la medicina como de la política.  
¿Qué cosa pueden dejar de ser cató-  
lica, dejará de integrar lo univer-  
sal?

Pero si por "política católica" se  
significa un planteo de específica  
noción política acaso la leyenda se  
revela equívoca. ¿Cómo predicar lo  
más de lo menos? ¿Cómo insertar  
el todo en la parte? Y cómo no  
dejará transido lo religioso en la  
profusa empresa? Se exige, enton-  
ces, un permanente o perpetuo esta-  
do de milagro. Es decir, justamen-  
te una alteración de lo natural, de  
la gravedad natural del ser y no  
tanto de las cosas. Tengo para mí,  
por lo demás, que política "dispo-  
sitivamente" católica en la acepción  
del P. Meinvielle, habrá, o habrá  
de ser posible siempre que exista  
una sanidad u orden temporal. Es-  
to es, todo bien común realizable  
es dispositivamente católico. Por lo  
que, el logro en un orden implica la  
sola posibilidad regular de hipoté-  
tica unión de lo espiritual con  
lo temporal.

—Esto que usted alega, Sansoro,  
sabe o ignora, según los sentidos que  
se aplican, o tomismo que por lo  
clásico se corre a lo página.

(El bazo ha puesto los pies en  
polvorosa y soporifera sustancia.  
De sus sentidos el que menos uti-  
liza es el tacto. La noche, mien-  
tras, comienzan a ser noche oscura).

—Ah bazo! Para ti las pe-  
drinas de Becquer y los versos en  
largas hileras y todas las ordoñas  
literarias, más me incidan. Amar lo

deber es un valor más que el amor  
a Dios. Sansoro. Tanto es el val-  
or de Dios que el amor a Dios es  
un valor más que el amor a Dios.  
Entonces, bazo, emboca. Déjale  
tu de escolásticas jitanjafas. Cú-  
me el círculo preciso de tu leve pi-  
jaca. Porque si por "política cató-  
lica" se entiende aquella subordina-  
ción de lo político al último fin  
del hombre y de la sociedad por  
ente, si se indica que sin el logro  
sobrenatural de nada sirve el bien  
de la ciudad, el concepto es redu-  
ciendo. Pues en el mismo sentido es-  
to se puede atribuir a todas las  
cosas creadas y crecientes o artes hu-  
manas. Y así vale tanto postularlo  
de la medicina como de la política.  
¿Qué cosa pueden dejar de ser cató-  
lica, dejará de integrar lo univer-  
sal?

Sansoro, empiezo por decir  
una declaración de principios a per-  
sonal por la curial pegada del P.  
Meinvielle para poner en el reng-  
ón de gran efecto aunque a otros  
utiliza mostrando su ignorancia. Y  
después que fui no desecha lo que  
muestra todo el peso del encuen-  
tro, mostrando su virtud a fuerza  
obliga al oyente a advertir a  
sentirse el "cuerpo".

—Está Ud. satisfecho del re-  
sultado? pregunta el desprecia-  
do bazo y lazo.

—Sí, si, contesta Sansoro (su  
adversario no es rotundo). Satisfe-  
cho pero no mucho.

—Cómo así? Explíquese San-  
soro. (El bazo no toma a su de-  
mureo).

—El P. Meinvielle no ha re-  
ducido un artículo en la última  
revista de Bazar? Capta la ola  
al mar: escribir un artículo sig-  
nifica desistir del contrapunto, im-  
porta dejar sin respuesta mi res-  
puesta. Además qué decir el ar-  
tículo? Dice "no vamos a hacer  
cuestión sobre si una pura política  
de derecha se identifica o no con  
la política como tal. El asunto ex-  
igiría muchas precisiones. Pero con-  
testamos que así fuera". Pues bien,  
bazo. Me pregunto si esa era o  
no la oportunidad señalada para  
que el P. Meinvielle hubiese ex-  
puesto las muchas precisiones que  
debidas, al parecer, sacras de to-  
tema ya dilucidado en terreno, un  
embargo, por el en otro artículo  
anterior (Bazar N. 16). De  
cualquier modo, el caso es que  
ya "un hace cuestión" de la que  
literalmente (ar.) era la cuestión.  
Por eso fue el bazo un deslica-  
miento harto sutil. Pero, le repito,  
estoy molesto, contristado así. ¿Y  
sabe por qué? Porque ni he apren-  
dido nada nuevo, ni he conseguido  
hacerme entender.

—Vamos, intercala el bazo con  
mayéutica pausa, veamos.

—Recuerda, conciencia nunca  
dormida, que el P. Meinvielle ha-  
blaba de la "insuficiencia de la  
pura política de derecha"—a su  
juicio una especie de insuficiencia  
moral—o lo que yo repeto regis-  
trando la no ausencia o ineptitud de  
la política, de toda política, para  
bastarse o a sí misma. Pero en el  
artículo último introduce una va-  
riante prodiga al transferir aque-  
lla insuficiencia a la "pura políti-  
ca". Y lo extraordinario es que  
en vez de mostrarse disconforme  
con mi modo de enunciar la inca-  
pacidad de la política "para una  
ordenación integral del hombre".  
Para el P. Meinvielle esto es he-

## EL IMAGINERO

EXPOSICIÓN Y VENTA DE OBJETOS DE ART  
ANTIGUO Y MODERNO

RODRIGUEZ PEÑA 1152 BUENOS AIRES